

CARAS Y MÁS CARAS DE MUSSO VALIENTE

CARMEN M^a PUJANTE SEGURA
Universidad de Murcia

Que nos sirvan las muchas caras de un personaje, polígrafo, y de una personalidad, poliédrica, más que para sentir el vértigo ante lo que la sabiduría del hombre siente como inabarcable e inasible, al menos, de consuelo para tantos. Porque las muchas caras son los muchos estudios¹. Así, José Musso Valiente es punto de encuentro y una mina para tantos y tantos estudiosos y apasionados –amén de apasionados estudiosos–, al alba del XXI y en su encrucijada; y como la historia se repite y, que nadie ose dudarle, está para aprender de ella, tal y como el lorquino pretendiera mostrar y demostrar en sus escritos particulares sobre Historia, aprendamos la lección de lo que a él le tocó sufrir y gozar, vivir al fin y al cabo: una encrucijada.

Sus textos y él, espejo reflector de una sociedad y de una cultura, son el camino y la guía hacia su contexto. Musso, ilustrado humanista, es teoría y práctica, es ciencias y letras, es Lorca y otros lugares –Madrid, Sevilla, Gibraltar...–, es enseñar instructivamente y deleitar simultáneamente, es conservadurismo y liberalidad, es neoclasicismo tardío y romanticismo prematuro en España.

Para aquéllos que crean que una manera de acceder y conocer hasta la médula a una persona es hacerlo a través de sus filias y sus fobias, éstos eran de Musso Valiente “los gustos y los disgustos”: disfrutó con su colección numismática llegando a idear –y sólo idear– un Museo de Antigüedades, pero padeció ineludibles rirrafes en el seno familiar e incluso persecuciones de paisanos amontonados; guardó como un tesoro unos misterios que siguen siéndolo sugeridos en sus escritos, pero no soportó sus frustraciones, sus deseos de realidad como “buen” idealista que era; fue un hombre político como primer alcalde liberal de Lorca, pero también un hom-

¹ *José Musso Valiente y su época (1785- 1838). La transición del Neoclasicismo al Romanticismo*. 2 vols., edición de M. Martínez Arnaldos, J. L. Molina Martínez y S. Campoy García. Murcia, Ayuntamiento de Lorca- Universidad de Murcia, 2006.

bre familiarmente entregado como refleja escribiendo; padeció enfermedad, pero no dejó de apasionarse con la música y con la pintura: se emocionaba hasta el escalofrío con la ópera, la litografía (parte de la colección la podemos disfrutar en Mula) y la pintura religiosa, especialmente si el que firmaba era Goya.

Musso nació cuando el XVIII daba sus últimos coletazos y murió cerrando el primer tercio del XIX, entre 1785 y 1838. A sus espaldas se echaba las invasiones napoleónicas, las Cortes de Cádiz, los años fernandinos, el Trienio Liberal, las desamortizaciones, el comienzo de la Regencia de María Cristina... y todo ello, desde la privilegiada primera fila de un hombre activo política y culturalmente. Si es un periodo movido y convulso, de cambios, es un periodo de crisis, la que se deja traslucir *románticamente* en la personalidad e *ilustradamente* en los seres sensibles, como José María Musso. De ahí el inmenso y rico despliegue del abanico de posibilidades disciplinarias, de la succulenta mina que nos ofrece en sí mismo Musso, de no larga vida, pero pujante y segura y ejemplo de intensidad. Y como parece acabar siendo una exigencia, detentaba una personalidad controvertida, de éstos a los que se les quiere y se les detesta por igual, compaginando lo público y lo privado, tal y como señalara al respecto Philippe Lejeune: ése es el precio de la vida. Este carácter controvertido siempre promete estudios también controvertidos, lo cual no es sino muy buen síntoma de salud intelectual.

Una de sus caras la ofrece con sus teorías ensayísticas, o ensayos teóricos, o teoría *sui generis* con, entre otros, “Sobre el modo de escribir la historia”. Los humanistas, aun buscando la Verdad, parece que “sólo” se atrevieron a *ensayar*; de hecho, uno de los títulos que barajó en uno de sus trabajos para la Real Academia de Ciencias Naturales fue, precisamente, *Ensayo histórico de las ciencias en España*. Para J. Musso Valiente los españoles, a pesar de todo, que no era poco, gozaban de la mejor arma ante la adversidad, la unidad, gracias a la cual habían logrado vencer tantas invasiones, recientes y pasadas (tal vez en este punto sean autorizadas algunas extrapolaciones a la mismísima actualidad, una vez más, para aprender de ello). Para el humanista lorquino, la función de la Historia no es otra que explicar el presente y explicar quién en las coordenadas espacio- temporales de ese presente se halla inmerso: su *yo*. El suyo era así y también un “pensamiento histórico”.

También escribió tratados, como aquél sobre una de sus grandes pasiones, la música, titulado *De la ópera*, de claras resonancias de su admirado Rousseau, a quien leyó descansando cerca del mar, en San Javier, de donde era su mujer. Se trata, al fin y al cabo, de algo muy dieciochesco: una traducción. Se atrevió igualmente con redacciones con las que enseñar a sus propios hijos, tal y como hiciera Rodríguez de Avellano en la ficción, entre tantos autores allá por los mismos años, concretamente en 1803, en *Las tardes de la granja*.

Sacó a relucir otra cara, otra faceta en el campo de lo que entendemos por crítica literaria. Aunque en primera instancia parezca pecar de anacronismo respecto a sus obras, estudiosos dedicados a Musso Valiente hablan de interdiscursividad y de canon, como de hecho apunta Jacqueline Ferreras. Por su parte, María del Carmen Ruiz de la Cierva hablará de “literatura comparada”, tan en boga hoy, cuando Musso procede estudiando y comparando la métrica española con la francesa, el teatro español con el inglés, e incluso con obras italianas; recordemos que la comedia española era sumamente apreciada, en la teoría y en la práctica dieciochescas y más allá de esas fronteras temporales. Quizás esta afirmación entre otras, en lugar de lo anterior, nos lleven a hablar para José Musso de cierta “modernidad” (posiblemente este término también peca de anacrónico), así como a reivindicar su lugar como antecedente aventajado en nuestros estudios literarios y, en resumidas cuentas, a saber apreciar lo que tenemos.

Pero siempre hay un antes, el de las fuentes: *Elementos de Poética* (1799) del Padre Juan Cayetano Losada, a su vez basado en fuentes como Cascales, Luzán, Boileau, y a su vez de los latinos. Su preceptiva es, una vez más, la de su época, logrando algo muy neoclásico, armonía y equilibrio en su *opera*, a través de unas claves que sintetiza bien J. A. Hernández Guerrero: sentido de la trascendencia, descripción paradójica de la naturaleza humana, y consideración de las realidades materiales como significantes que el hombre ha de interpretar.

José Musso, “crítico de literatura”, se atreverá a reflexionar sobre temas candentes de su actualidad, como la clasificación genérica, la *imitatio* aristotélica y los cimientos horacianos, las tres unidades, el lenguaje literario – no extravagante-, la verosimilitud, el decoro... Precisamente acudiendo a estas sus ideas acerca del arte literario en general podemos volver a definir a Musso Valiente como “un hombre de transición”: ya se encuentra latente en sus reflexiones (sólo reflexiones, o si se quiere, teorías “implícitas”) lo que será la discusión, la encendida disputa entre los conservadores afrancesados (en su día los “revolucionarios”) y los recién nacidos románticos, aunque esa disputa se dé con cierto retraso y desfase, siguiendo la misma línea, en nuestro país. Así, para este campo, F. Chico habla de “ideas teórico-literarias” y de “ideas crítico-literarias”, y E. Trives de “ideas lingüístico-literarias”, incluso de “credo poético mussoniano”, compuesto éste por el estudio de los modelos, el rechazo de las obras de circunstancia, y la originalidad en el lenguaje poético.

Además de discursos oratorios, por tanto, “muy” retóricos, como el dictado con ocasión del ingreso en las Academias (participó en ocho academias, desde la Real Academia de la Historia hasta la de la Lengua o la de Ciencias Naturales), quizás diga algo el hecho de que tentase con unas *Cartas de la felicidad*. Para Musso, no

hay mayor felicidad, o sin rodeos, no hay Felicidad sin la experiencia sentida del amor. Ambos son, sencillamente, sinónimos, o si se quiere, causa y consecuencia (consecuencia o causa) en la vida, vida de la que habla así: “La vida es para el sabio un estudio continuo y, si quieres aprovecharte de esta ciencia práctica, procura conservar en la memoria aquello más particular que has visto, aquellos dichos o expresiones que, de alguna manera, se han censurado o, quizá, disentido (...)”. Tomémoslo como un consejo.

Y más: y más teoría y práctica, ahora de poesía. Para I. Paraíso, en su poesía J. Musso siguió un derrotero muy neoclásico, el racional, con formas esencialmente clásicas... pero (y siempre hay un *pero*), se aventuró con nuevas estrofas (¿y esto no lo hizo suyo el romántico?). En teoría, reflexionó en *Del origen de los romances*, recolectando, tal y como exigía el tema y como Musso bien detectó, en el campo de la oralidad y de la memoria, medio de supervivencia de la tradición; también en esta cara mussoniana se ha de reclamar un merecido puesto. Y lo estudió a petición de Martín Fernández de Navarrete con el fin de incluir una nota en el *Quijote* de un contemporáneo conocido suyo, Clemencín, un dieciochesco que, como la mayoría de los de su época, aun aceptando la genialidad cervantina, no vio nada más allá de una mera sátira. Asimismo, escribió lo que denominó “crónicas” acerca de *La Celestina*, nociva, perjudicial para la salud moral según las ideas de Musso, y acerca del *Quijote*, en las que algo se entreveía sobre “lo bello” y “lo sublime”; según lo definió Kant (1790) a los pocos años de nacer Musso, en el halo de ideas sitas también en la “transición” de una orientación a otra, se entendía sublime como “lo pura y simplemente grande” (¿y esto no lo hizo suyo el romántico?). De nuevo, *Don Quijote de la Mancha*.

Y también escribió prólogos, como el que previsiblemente encabezaría la edición de 1831 de la Gramática y del Diccionario de la Real Academia de la Lengua –aunque sin nombre ni apellidos-, e incluso lo que ha venido denominándose, y así lo hace R. Sarmiento, como la “Gramática fallida” que saldría más tarde, en 1854, con Garcés o Capmany como maestros. Estas actividades, aunque frustrantes y frustradas, han de juzgarse en su medida justa, de justicia pues, si bien tampoco en este aspecto Musso se afanó en hacer teoría, sí podríamos hacer más teoría sobre sus aportaciones, en este caso lingüísticas y léxicas. Recordemos que incluso redactó un vocabulario en el que recogía el léxico sobre el agua, tan murciano y tan lorquino, cuyo estudio promete tal y como destaca M. Abad Merino. El suyo era también y aquí un “pensamiento gramatical”.

Por si fuera poco, Musso, católico convencido y practicante, participó en el progresista, liberal y romántico Liceo Artístico y Literario de Madrid, y se encargó de la catalogación en el Museo del Prado de una sección de pintura en grave y descui-

dado estado debido a las circunstancias históricas, aquéllas de las que él mismo se compadecía. Musso es el que hablaba, en torno a las pinturas religiosas, de que “enseñarían y deleitarían sobremanera”; una vez más, *docere* y *delectare* se aúnan para el máximo deleite de las sensibilidades.

Y si así es Musso por lo que escribió, retratémoslo con los garabatos de algunos de los autores cuyos libros hacían brillar su biblioteca de casi tres mil libros: Lope, Calderón, Tiro, Ruiz de Alarcón, Moreto, Rojas Zorrilla... clásicos del teatro; de hecho, también se atrevió con unas “apuntaciones” sobre el *nuevo* teatro del siglo XIX, como con *Doña María de Molina* de Roca de Togores, muy en la línea del momento y dejándose entrever a la misma Regente. Además, se pueden desenterrar algunos de sus artículos, acompañados e ilustrados con litografías, en el *Semanario Pintoresco Español*; incluso se habla de un discurso costumbrista y de una descripción muy de la época en aquéllos. (Con todo, y como vamos comprando, mucho fue lo que escribió, y poco lo que se publicó –entonces-). Era, pues, José Musso un bibliófilo consumado, y por eso con facilidad nos podríamos imaginar su rostro al ver pasada por el fuego de la Guerra de la Independencia su biblioteca.

También leyó a Safo, y a Horacio, y a Terencio, y a Píndaro, y tradujo, respondiendo aquí igualmente al fenómeno de las traducciones del siglo de las Luces en la recuperación y la salvación de clásicos. Dieciochescas fueron las traducciones, con un único fin: suplir carencias, pues grande era el bache entre la literatura española y la de allende los Pirineos y los mares. Y dieciochesca era la Retórica, la que estudió y la que llevó escrupulosamente a la práctica, tal y como demuestra T. Albaladejo Mayordomo en su detallado análisis “Construcción y eficacia comunicativa del discurso de José Musso Valiente”. También es compleja la idea de Dios en el siglo XVIII y en esa transición hacia la siguiente centuria, tal y como, una vez más como reflejo fidedigno de su época, Musso Valiente lo siente y lo manifiesta escribiendo. De nuevo aquí entra en el juego la contrariedad y la contradicción, esto es, la dificultad; pero como ya escribiera Lezama Lima en *La expresión americana*: “Sólo lo difícil es estimulante”.

Por el mismo tiempo en que Jovellanos o Moratín se encerraban en sus casas, *penserosi*, escribiendo lo que pensaban en diarios, Musso posee un ciclo, un ciclo biográfico en su completitud, con *Memorias y cartas*, *Memorial de la vida*, y su *Diario*. Así es como lleva a cabo una introspección, y así es como lega un testimonio, un monumento, etimológicamente hablando. Pero un diario suele ser sinónimo de intimidad, de perspectivismo y, entre interrogantes, de fiabilidad sincera. Al fin y al cabo, el de la pluma dará su versión que es, claro está, la que nos interesa; por ejemplo, Jacqueline Ferreras habla de Musso, entre otras caras, como cronista “fidedigno”. Afirma el aludido: “Jamás han sido mis obras contrarias a mis principios”;

creámoslo. Su *Diario* acaba convirtiéndose en una autojustificación (quizás toda la escritura desde el yo no sea sino eso), y se decanta en las más de las ocasiones por la anécdota y no por el íntimo sentir.

Además, se trata de un diario que comenzó con cuarenta y dos años, como una especie de *juegos de la edad tardía*, acogiéndonos al título de la novela de L. Landero y a su protagonista. Es por ello por lo que goza su obra global de un valor literario e histórico que se solapan a la perfección. En ellos, el autor es el protagonista: Musso Valiente, “ilustrado murciano” para P. Riquelme Oliva, “animador cultural” y “representante fehaciente de la cultura entre 1827 y 1838” para Jacqueline Ferreras, “Musso helenista” para Menéndez Pelayo y P. Hualde, académico, intelectual, aristócrata liberal (aunque chirrían ambas concepciones en el mismo sintagma).

Ensayo, tratado, cartas... prosa de ideas; memoria, diario, autobiografía... escritura y prosa personal: las del siglo XVIII. Y en este punto reluce un mínimo común denominador: la primera persona del singular, el egocentro, el yo. Un ensayo es un retrato del yo; de hecho, comparten genéticamente su modernidad, allá por otra transición, la que fue del siglo XV al XVI. Quizá habría que definir el suyo como un proceder, o incluso un pensamiento *ensayístico*, que abrazaría lo que venimos denominando como “pensamiento gramatical” y “pensamiento histórico”. Reiterada ha sido igualmente la afirmación del hecho de que Musso Valiente no se dedicó a la teoría *per se*, a la teoría *pura*, sino a “pensamientos sueltos”, “notas” (muy borgianas por otra parte), “apuntaciones”, “crónicas”, como él mismo señala en títulos y redacciones diversas. Y escribir siempre desde el yo, en ausencia de afanes doctrinarios, a pesar de que en apariencia pueda entrar en contradicción con los ideales y los preceptos de las Luces, puede decir más de Musso Valiente de lo que se podría imaginar. Escribir *ensayando* podría verse un rasgo que puede ayudar a esbozar el perfil de una personalidad.

Entonces, ¿Musso es un neoclásico tardío o un romántico avezado, un post-neoclásico o un pre-romántico? Podemos aducir las aportaciones de M. García Pérez, quien habla de precedentes, del desengaño y la desilusión -tan románticos- ante esa sociedad. Quizás era “demasiado” conservador para los más liberales, en especial en el terreno de la política en el que se movió (y esto entraría en relación con sus oscuros sucesos acaecidos en Lorca y en Sevilla), y quizás “demasiado” liberal, a veces sin ser consciente de ello, en algunas ideas teóricas, que no teorías, con las que se hizo leyendo y escribiendo.

Así y aquí retratamos a José Musso Valiente, como en sí mismo Musso Valiente sirve para retratar el perfil de la época. Pues era un aristócrata, de nuevo cuño, pero aristócrata (y el hecho de ser liberal en esas filas, al menos, ha de cogerse con pinzas). Con otros de su edad y de tales condiciones sociales y económicas, se inició en

primeras letras y en latinidad gracias a un preceptor francés (esto es, huido tras la Revolución francesa), el abate Antoine Chevalier, y continuó humanidades en la ciudad de la Corte en el Seminario de Escuelas Pías. Con veinticuatro años, llegaron las ascensiones lorquinas, y en plena invasión francesa, el hombre de letras que germinaba y que después florecería participó en Lorca como capitán de la Milicia Honrada y como diputado. Con motivo de la sedición por parte de los liberales exaltados (y él era alcalde -el primero- de tono constitucional de Lorca), lo suyo no fue, desde luego, un “viaje ilustrado” con destino Gibraltar: claramente, se trató de un autoexilio (¿una huida?). Después llegaron los problemas económicos, la riada de Lorca y la epidemia de cólera morbo que sufrió; muerto Fernando VII, le llegó el cargo de Subdelegado de Fomento en la ciudad de Murcia, de Gobernador de Sevilla, y después, una “vida retirada” en la capital. Incluso se llega a hablar de “exilio interior” al referirse a su estancia en Madrid, donde acabó dedicándose al estudio, y donde acabó la vida que vio la luz en Lorca. Ésta es la tierra de Musso Valiente, tierra en la que también es fecunda la música y el arte que tanto apreciaba y sentía él mismo, la misma que la de otras caras lorquinas más cercanas en el tiempo, como la de los músicos Pérez Casas y Narciso Yepes, o la del pintor Muñoz Barberán.

Porque los grandes desconocidos devienen en figuras misteriosas que pasan de la sombra subterránea a la luz solar, se acaba reclamando, como si de un tópico se tratara ya, su merecida posición en el limbo inmortal de los artistas y de los pensadores, su trono y su corona para, a veces en poco tiempo y otras en menos, acabar siendo destronado una vez más en el círculo de la historia. José Musso fue otro desconocido y, aunque pese, es un desconocido en su patria, en su patria chica murciana, y son los altruistas estudiosos los que quieren rescatarlo del lugar del olvido. Lo difícil viene después: continuar esa memoria, gracias al texto sempiterno y gracias a la palabra fugaz, más allá del espacio y del tiempo y de sus fronteras. Y en eso estamos.

Quizás estas ideas pequen de limitadas ya que, por una parte, podría haber quedado en el intento el hecho de pretender algo difícil, como es hacer preciso lo impreciso, abarcable lo inabarcable: esto no es más que un sumario balance de lo que hoy queda afortunadamente recogido en dos volúmenes que son el fruto del Congreso Internacional celebrado en Lorca en el año 2004 sobre su figura y su memoria. Y porque, por otra parte, se partía de la fe incondicional en una idea un tanto *idealista*: las personas no somos sino lo que contamos/ escribimos, y así somos. Aunque sin su permiso, se ha intentado dar a conocer aquí a un Musso a través de “sus gustos y sus disgustos”, y también gracias a lo que dejó escrito. Como agua clara en la que se puede vislumbrar un tiempo y un espacio que dejaron su era labrada en la cara

de un Musso Valiente -que fue tanto como se quiera hoy que sea-, su máscara es el espejo de más caras en la transición de un siglo a otro, de un pensamiento a otro, en la crisis que vive la historia y que hace que vivan los que la hacen. Así pues, que nos continúen sirviendo con esperanza las más caras de José Musso Valiente mostrándolo cual fue, tal y como él pretendió, al menos, para consuelo de tantos.